

En torno a los profesionales de la política.

Trayectorias, prácticas y destrezas en el ejercicio del poder político desde el estado

On the professionals of politics.

Trajectories, practices and skills in exercising political power from the state

Mariana Gené

CONICET/Instituto de Investigaciones
Gino Germani.
mariana.gene@yahoo.com.ar

Resumen

El presente trabajo propone una reflexión sobre las características de la profesión política en Argentina desde el retorno de la democracia. A partir de una investigación llevada a cabo entre los funcionarios de alto rango del Ministerio del Interior -organismo "político" por excelencia dentro del Poder Ejecutivo- se indagan las características centrales de estas elites gubernamentales: su socialización política, trayectorias previas y modo de acceso al estado, así como las formas de "hacer política" que se expresan en este espacio, los saberes y destrezas que allí se movilizan y la existencia de códigos compartidos entre los distintos profesionales de la política. Asimismo, se interrogan las categorías de percepción y evaluación que los propios actores del campo político despliegan en la práctica, y los posibles desajustes de estas categorías con otros niveles de evaluación.

Palabras clave: profesión política - Ministerio del Interior - trayectorias - códigos

Fecha de recepción:

2 de marzo de 2011

Fecha de aceptación:

15 de julio de 2011

Abstract

This work puts forward a reflection about the characteristics of the political profession in Argentina as from the comeback of democracy. Based on research carried out among top-ranking officers of the Ministry

of the Interior –a ‘political’ agency par excellence within the Executive branch–, we will inquire into the core characteristics of these governmental elites: their political socialization, prior trajectories and methods to access the state, as well as the ways of ‘doing politics’ which are expressed in this context, the knowledge and skills which are displayed there and the existence of codes shared among the different professionals of politics. Likewise, we will question the perception and evaluation categories which the actors themselves within the political sphere exhibit in the real world, and the possible unbalances of these categories in relation to other evaluation levels.

Key words: political profession - Ministry of the Interior - trajectory - codes.

Introducción.

Las elites políticas y el Ministerio del Interior¹

Los interrogantes sobre las elites gubernamentales en la Argentina han tendido a ser fragmentarios. De la misma manera que en otros países latinoamericanos,² la atención acordada a la morfología de los grupos dirigentes y a los atributos y competencias legítimas para ejercer el poder político en cada momento histórico ha sido discontinua. Entre los principales antecedentes, el clásico estudio de José Luis De Imaz (1977) dedica algunos capítulos a las elites estatales³ y la tesis de Marcela Ferrari (2008) aborda los cambiantes atributos de los dirigentes políticos del partido radical desde la instauración del sufragio masculino universal hasta el primer golpe de estado (1912–1930). En lo que respecta al peronismo, los trabajos de Rein (1998) y de Campione (2007) han analizado las segundas líneas del primer gobierno de Perón así como sus estructuras burocráticas. También los senadores y diputados han convocado la atención de los investigadores para indagar acerca de su conformación y modos de reclutamiento en períodos de cambio social (Cantón, 1966; Canelo, 2010). Más recientemente, contamos con la investigación de Sidicaro (2003) sobre las relaciones entre los elencos gubernamentales y los actores socio-económicos predominantes; y con el trabajo de Dalbosco (2003) que analiza el perfil del personal político de los Ministerios de Economía, Obras Públicas y Educación entre 1983 y 1999.

En consonancia con esas inquietudes, el presente trabajo propone una reflexión sobre las características de la profesión política en la Argentina desde el retorno de la democracia.⁴ Para ello, el ámbito estatal recortado ha sido el Ministerio del Interior y sus funcionarios políticos más jerarquizados (ministros, secretarios y subsecretarios de Estado)

entre 1983 y 2007. Elegimos este ministerio dentro del gabinete nacional por tratarse del “organismo político por excelencia” (Oszlak, 2000: 5) dentro del Poder Ejecutivo, ya que media en la relación entre los gobiernos provinciales y toda la trama política subnacional, a la vez que articula los vínculos con el sistema de partidos en su conjunto y los distintos representantes sectoriales.

En efecto, la ley asigna al Ministerio del Interior una incidencia determinante sobre el gobierno interno, las relaciones con las provincias y municipios, la elaboración de legislación nacional cuando deben coordinarse normas nacionales y provinciales, la programación de los actos electorales, las cuestiones ligadas a la población (registro de las personas, migraciones) y, según las épocas, el manejo de la policía y la seguridad interior.⁵ Sus principales interlocutores son, entonces, el conjunto de los actores del sistema político: gobernadores y ministros provinciales, intendentes y dirigentes partidarios. Ha sido, además, el encargado de negociar leyes fundamentales, de comunicar e instalar la agenda política del gobierno nacional, y de arbitrar conflictos sociales. Si bien su estructura ha sufrido diversos cambios en el período estudiado, durante la reforma del estado emprendida a principios de la década del noventa, lejos de achicarse como lo hicieron el resto de las reparticiones del estado central –por la vía la privatización de empresas o la descentralización de servicios de salud y educación transferidos a las provincias–, creció en términos relativos y absolutos, en un proceso que ha sido calificado como “inflación política” (Orlansky, 1995).⁶ Tuvo también la responsabilidad, junto con el Ministerio de Economía, de negociar los pactos fiscales con las provincias (Falleti, 2004) y ha manejado en el tiempo una importante cantidad de recursos económicos, cuya expresión más sospechada en forma constante, han sido los Aportes del Tesoro Nacional (ATN).

Aún teniendo en cuenta el valor polisémico de este término, el carácter eminentemente “político” del Ministerio del Interior no le es atribuido solamente por ley o acordado por los analistas (López, Corrado y Ouviaña, 2005: 126; Oszlak, 2000: 5; Orlansky, 1995: 389). El corpus de entrevistas sobre el que se basa este trabajo⁷ ha mostrado que se trata también de una categoría nativa, ya que todos los funcionarios entrevistados lo caracterizan como el “ministerio político por definición” o el ministerio que es “política pura” dentro del gabinete nacional (Gené, 2009). Además, su historia reciente ha estado estrechamente ligada a nombres propios de ministros que marcaron épocas y maneras de hacer política en nuestro país: aunque ocuparon la cúspide de esta cartera por períodos muy distintos, cabe nombrar entre ellos a Enrique “Coti” Nosiglia, José Luis Manzano, Carlos Corach y Aníbal Fernández.⁸

A continuación indagaremos, brevemente, sobre la socialización política, las trayectorias previas y el modo de acceso al estado de estos actores, para centrarnos, luego, en las formas de “hacer política” que se expresan en este espacio, así como sobre los saberes y destrezas que allí se movilizan y la existencia de códigos compartidos entre los dis-

tintos profesionales de la política. Lejos de la *expertise* neutral y universal reclamada por los técnicos, por ejemplo, en el Ministerio de Economía (Heredia y Gené, 2009) los políticos disponen de otra forma de saber, ligada a la negociación, a la confrontación ideológica y a la habilidad para cerrar acuerdos. Pero a su vez, existen distintas tareas políticas y estilos de representación que no se distribuyen de forma homogénea entre los diversos espacios estatales, ni entre el Poder Ejecutivo y el Congreso: “juntar votos”, cerrar acuerdos, fortalecer al partido de gobierno, gozar de la popularidad necesaria para ganar elecciones o presentar debates en la escena pública son sólo algunas de ellas. El ministerio estudiado presenta la particularidad de haber tenido en su cabeza a hombres fuertes de los partidos mayoritarios que signaron épocas y se revelaron imprescindibles en la construcción de poder, pero que, raramente, podían ganar elecciones en nombre propio. A la vez arquetipo de político sagaz para los propios participantes y poco presentables de cara a la sociedad, este trabajo busca interrogar esa paradoja. De esta manera, intentamos comprender algunos de los rasgos fundamentales de la profesión política en nuestro país, así como las categorías de percepción y evaluación que los propios actores del campo político despliegan en la práctica, y los posibles desajustes de estas categorías con otros niveles de evaluación.

Las extensas trayectorias de quienes viven “de” y “para” la política

La importancia que se le reconoce a la profesión política desde la sociología clásica de Max Weber (2002 [1920]) es insoslayable. En *La política como vocación* el autor se ocupó de la evolución histórica del político y su séquito, así como de los clivajes que caracterizan y distinguen a los funcionarios administrativos y políticos en el estado moderno. Asimismo, elaboró la célebre definición del político profesional como aquel que vive de y para la política: “Hay dos formas de hacer de la política una profesión. O se vive ‘para’ la política o se vive ‘de’ la política. La oposición no es en absoluto excluyente. Por el contrario, generalmente se hacen las dos cosas, al menos idealmente; y, en la mayoría de los casos, también materialmente. Quien vive ‘para’ la política hace ‘de ello su vida’ en un sentido íntimo; o goza simplemente con el ejercicio del poder que posee, o alimenta su equilibrio y su tranquilidad con la conciencia de haberle dado un sentido a su vida, poniéndola al servicio de ‘algo’. (...) La diferencia entre el ‘vivir para’ y el ‘vivir de’ se sitúa entonces en un nivel mucho más grosero, en el nivel económico. Vive ‘de’ la política como profesión quien trata de hacer de ella una *f fuente duradera de ingresos*.”⁹(Weber 2002 [1920]: 17).¹⁰

Amalgama de intereses, ideales, pujas por poder y por cargos, cálculos pragmáticos y motivaciones profundas, los profesionales de la política viven, en efecto, “de” y “para” esta actividad, que se convierte en una profesión que invade todos los ámbitos de la vida. En las entrevistas con dirigentes, sus relatos vuelven de forma reiterativa sobre esta dedicación “*full time*” que puede fagocitar la vida familiar y tiende a volver indistinto el tiempo laboral del tiempo de ocio; pero ofrece, a su vez, satisfacciones equivalentes para quienes gozan de

la práctica política. En este sentido, un político radical, cuyo padre fue también ministro y diputado nacional, se refiere así a su propia dedicación y la de sus referentes:

“Mi propio padre tenía -me acuerdo- 81 años, estaba enfermo y demás y se ponía su mejor traje cuando iba a dar una charla sobre el gobierno de Illia. Por ahí en un comité con luces mortecinas, y vos decís ‘¿cómo hace esto? ¿de dónde saca las fuerzas?’ y bueno... es eso, ¿viste? Es eso. (...) Yo no me quejo, volvería a hacer eso, es mi vocación política. Como decía Alfonsín: ‘A nosotros nos sacan con las patas para adelante de la política’.” (Ministro del Interior entre 1999 y 2001, Partido Radical; Entrevista con la autora el 3/9/09)

Existe una larga tradición de investigación sobre las elites dirigentes que se pregunta sobre las características, atributos y recursos valorizados para “hacer política” en diversos momentos históricos; así como sobre la manera en que estas elites ejercen el poder, circulan y –eventualmente– cambian (Mosca, 2006 [1896]; Pareto, 1979; Michels, 1972; Wright Mills, 1963).¹¹ De la misma manera, toda una serie de estudios de sociología política en Francia se ha interesado en la profesión política explorando sus propiedades sociales, sus trayectorias político-profesionales y sus modos de acceso al estado (Lagroye, 2003; Offerlé, 1999; Sawicki, 1999; Phélippeau, 1997). A partir de un enfoque socio-histórico, estos trabajos dan cuenta del carácter profundamente variable de los atributos del personal político, y de la relación estrecha de esta inestabilidad con los períodos de crisis o los momentos significativos que jalonan la historia social. A su vez, renuevan los interrogantes sobre los efectos que estas propiedades y trayectorias pueden tener sobre aspectos fundamentales de la vida política, tales como las formas de la competencia política, el estilo de la representación o el contenido de las políticas públicas (Offerlé, 1999).

De acuerdo con Mattei Dogan, los políticos profesionales se definen por cuatro características: “Primero, una vocación precoz por la política. Luego, una larga presencia en el foro político, es decir una larga carrera política. Por otra parte, sus recursos provienen esencialmente, incluso exclusivamente, de las funciones políticas que ejercen. Finalmente, poseen una capacidad política que consta de múltiples cualidades, de las cuales ninguna tiene que ser excepcional, justamente porque muchas de ellas son requeridas: ser presentable, hablar bien, saber negociar, cultivar el compromiso, evitar la arrogancia, saber tomar una decisión...” (Dogan, 1999: 171-172). Las entrevistas con las primeras y segundas líneas del Ministerio del Interior muestran que estos actores se ajustan casi perfectamente al *tipo ideal* del político profesional. En efecto, cuentan con extensas trayectorias políticas, con numerosos puestos ocupados en el nivel nacional o subnacional, y con alineamientos en diversas corrientes al interior de los partidos mayoritarios ya

sea en virtud de clivajes ideológicos o de lealtades personales (o de ambas a la vez, ya que escindir estas dimensiones se vuelve más y más difícil en los últimos veinticinco años). Se trata de un personal político instalado desde hace mucho tiempo en el campo político, que ha ejercido diversos cargos en la función pública (en algunos casos sin interrupción desde la vuelta de la democracia) y que cuenta con una militancia casi invariablemente iniciada en la juventud.¹²

En efecto, la mayoría de estos dirigentes comenzaron una fuerte participación política en la escuela secundaria –en muchos casos en el *Colegio Nacional Buenos Aires* o en el *Carlos Pellegrini*– o en la universidad. Sus comienzos en la política se vieron marcados por períodos históricos intensos, signados por recurrentes interrupciones del orden democrático y por una enorme politización de la sociedad:

“Yo empecé a militar muy joven, tenía 14 años. (...) Era impensado que un pibe de unos pocos años se pusiera a militar en política, sin embargo era mucho la mística, mucha mística del momento, ¿no? Se suponía que Juan Perón iba a venir aquí a la Argentina en algún momento y bueno, yo soy fanático de Quilmes, y la hinchada gritaba –en los ‘70 sería más o menos- ‘Lanusse, Lanusse, presta mucha atención: Quilmes a primera y la vuelta de Perón’.” (Ministro del Interior entre 2003 y 2007, Partido Justicialista; Entrevista con la autora el 12/11/09)

Es esta historicidad intensa la que hace que las narraciones de los actores se vean siempre atravesadas por eventos decisivos que despertarían su interés por la política. La proscripción del peronismo, el golpe de estado contra el gobierno de Illia, el *Cordobazo*, la discusión en torno a la lucha armada, el comienzo de la última dictadura militar o la renovación emprendida en el radicalismo a partir de la figura de Alfonsín son algunos de los momentos que marcan oleadas fuertes de entrada en la política.

Pero además de la militancia iniciada en la juventud, muchos experimentaron una relación estrecha con el mundo de la política desde su infancia, ya que sus padres fueron importantes dirigentes políticos y ocuparon cargos electivos. En estos casos se reconoce la política como un dato siempre presente en la vida familiar, tanto en las comidas y conversaciones cotidianas como en el hecho de conocer a líderes políticos de renombre en la intimidad. A modo de ejemplo, el padre de Juan Octavio Gauna¹³ fue electo diputado por el radicalismo y se desempeñó como embajador en Suiza. El padre de Gerardo Conte Grand¹⁴ fue diputado del Partido Justicialista durante el primer gobierno de Perón y fue candidato a gobernador de San Juan en 1987. Por su parte, el padre de Nilda Garre¹⁵ fue diputado del Partido Justicialista por la Provincia de Buenos Aires hasta el

golpe de estado de la Revolución Libertadora. Conrado Storani, el padre de Federico Storani,¹⁶ fue un dirigente histórico de la Unión Cívica Radical: diputado nacional, secretario de Energía durante el gobierno del presidente Illia, ministro de Salud durante la presidencia de Alfonsín y más tarde senador por la provincia de Córdoba. La lista sigue, y en muchos casos se extiende hasta los abuelos o bien a generaciones anteriores:

*“Yo soy de una familia de tres generaciones de radicales. (...) Así que soy de una familia politizada y para mí la política es un dato desde... no puedo precisarlo porque no puedo deslindar en mi vida el momento en que empezó.”
(Viceministro del Interior entre 1985 y 1987, Partido Radical; Entrevista con la autora el 1/10/09)*

Además de este inicio de la participación en política desde la juventud, la extensión de sus trayectorias se expresa en los numerosos puestos que ocuparon a lo largo de su vida.¹⁷ Ya se trate de puestos electivos o de funciones para las cuales fueron designados, la mayoría de ellos cuenta con una vasta experiencia en la función pública. Estas largas trayectorias no están exentas de inconsistencias y sinuosidades. Por el contrario, estos dirigentes pueden circular por distintos espacios partidarios o lineamientos internos de los partidos políticos, participar de distintos gobiernos o adoptar posiciones ideológicas muy disímiles a lo largo del tiempo. Así lo muestran, por ejemplo, el amplio pasaje de la militancia de izquierda de los años setentas al apoyo entusiasta del neoliberalismo en los años noventas; o bien el caso de dirigentes que formaron parte de la última campaña presidencial de Carlos Menem en 2003 y que se incorporaron, solo unos meses más tarde, al gobierno de Néstor Kirchner, su principal competidor.

En este sentido, si una de las hipótesis que han guiado los estudios clásicos sobre las elites gubernamentales sostiene que el análisis de las propiedades sociales, la socialización política y los modos de reclutamiento de sus miembros contribuyen a comprender el tipo de intervención estatal que estos actores tienen *mayor probabilidad* de llevar adelante (Mathiot y Sawicki, 1999: 6), este programa se revela problemático para pensar las elites políticas en Argentina. En efecto, el movimiento zigzagueante de diversos protagonistas del campo político obliga a tomar ciertos recaudos frente a estos enfoques, pero abre, a su vez, nuevos espacios de indagación. Por un lado, esta sinuosidad de las trayectorias políticas se encuentra en sintonía con la historia argentina, mucho más ligada a crisis sucesivas y a programas de pretensiones “refundacionales”, que a largas continuidades o políticas menores de ajuste. Por otra parte, las “inconstancias” forman parte de la práctica política en el mundo entero, y las fronteras entre lealtad y flexibilidad lejos de ser fijas e impermeables, constituyen un objeto mayor de negociación que implica un trabajo activo por parte de los partidos y de los propios políticos tanto para objetarlas y sancionarlas, como para explicarlas y justificarlas (Gaïti, 2001: 19 y ss). De la misma forma, los

atributos que se valorizan en un momento histórico, pueden trastocarse por completo en otro contexto; así la posición ideológica férrea fue altamente estimada en el campo político durante la década del '70, mientras que dos décadas más tarde la "flexibilidad" y la "capacidad de adaptación" devendrían en competencias altamente valoradas.

En lo que respecta a su modo de acceso al estado, el reclutamiento del ministerio "político" desde el retorno de la democracia se opera exclusivamente al interior de los partidos. En efecto, si las redes de *expertise* y las fundaciones privadas mostraron una gran capacidad para producir cuadros que se incorporarían a los espacios técnicos del Poder Ejecutivo desde la última dictadura pero también en democracia (Heredia, 2004; Camou, 1997), los espacios considerados como fuertemente políticos se limitarían a sus propias filas partidarias.¹⁸ En este sentido, quince de los dieciséis ministros del Interior en funciones entre 1983 y 2010 fueron antes parlamentarios, gobernadores o ministros provinciales, o bien miembros del partido durante muchos años y ocuparon puestos de responsabilidad en sus estructuras. Estas largas carreras políticas garantizan un conocimiento del funcionamiento del estado y el manejo de las instituciones, pero también una cercanía con los diversos actores políticos que es señalada como fundamental por los distintos miembros del ministerio, más allá de la época en que se hayan desempeñado como tales. En efecto, el hecho de "venir de la política" y ser reconocido por sus propios protagonistas es un elemento crucial para desempeñarse en esta cartera con éxito.

"Tiene que ser el perfil de alguien que viene de la política, que tiene un profundo conocimiento del mundo de la política, y en lo posible conoce a los principales actores de la política del oficialismo y de la oposición. Y en eso incluyo a los gobernadores de todos los signos políticos y a los presidentes de los partidos (...). En segundo lugar, tiene que ser alguien que tenga el prestigio suficiente para ser interlocutor de personas tan destacadas como son los gobernadores o los presidentes de los partidos. Se espera que tenga suficiente talla y personalidad para estar a la altura de ese desafío, del sistema de relacionamiento que supone." (Secretario de la Función Pública entre 1992 y 1993, Partido Justicialista. Entrevista con la autora el 29/7/09)

Si los políticos no tienden a representarse a sí mismos como formando parte de una profesión, sí identifican el saber-hacer que los une más allá de fronteras partidarias y pertenencias ideológicas. Es por ello que destacan constantemente el rol central del ministerio "político" y la importancia de que el mismo sea ocupado por quienes están familiarizados con sus actores, los intereses que allí se dirimen y las rutinas difícilmente formalizables que implica esta tarea.

Prácticas, destrezas, códigos: El saber-hacer de los políticos

Luego de recorrer brevemente la trayectoria de estos actores, su militancia y su larga experiencia en cargos y posiciones de poder en los partidos y en el estado, indagamos algunas de las destrezas que los caracterizan y los atributos que son jerarquizados por los propios políticos. ¿Cuáles son las competencias y habilidades que se valorizan para actuar en este espacio político? ¿Qué tipo de legitimidad y de justificación de la acción invocan sus miembros? ¿Qué formas y códigos comparten en el ejercicio de la política?

Contrariamente a lo constatado para el Ministerio de Economía (Heredia y Gené, 2009), donde las competencias valoradas varían y se alternan a lo largo del tiempo, en el Ministerio del Interior los atributos asociados a los puestos de responsabilidad mantienen una estabilidad llamativa. Se trata aquí, a grandes rasgos, de ser un hombre de confianza del Presidente, de mostrarse como un operador político sagaz, y de asegurar el buen diálogo con los partidos y las otras fuerzas de la sociedad. Asimismo, se jerarquiza la experiencia política, la militancia, la “lucha”, la larga trayectoria en uno o varios partidos y la capacidad de negociación. Frente a otros ministerios que se autodefinen como relativamente autónomos y técnicos,¹⁹ Interior reivindica explícitamente la procedencia política y la pertenencia ideológica como herramientas clave para actuar en el estado.

Tanto desde discursos pragmáticos como desde posicionamientos más idealizados, el hecho de pertenecer al mundo político siempre es subrayado como un factor clave para conocer sus redes y poder entablar diálogos, en un ministerio que hace de la negociación su estandarte:

“Acá es dialogar, consensuar, escuchar... y bueno, mucho compromiso con la política en serio. Vivido... como lo vivimos los que hicimos política toda la vida. Y uno lo siente como un compromiso y además como un instrumento de la transformación, no es solamente un lugar para hablar y contener. (...) Pero es justamente donde con otros pares se va a tener la responsabilidad principal de buscar acuerdos y consensos, y también a veces, bueno, mostrar muy civilizadamente los disensos porque no todo es consenso en una sociedad. Por lo menos con el 100% ¿no? Uno consensúa con algunos sectores y no llega a un acuerdo con otros.” (Secretaría de Asuntos Políticos entre 2000 y 2001, FREPASO-Alianza. Entrevista con la autora el 13/8/09)

Sin duda, la capacidad para negociar y para cerrar acuerdos es uno de los indicadores principales que los dirigentes entrevistados señalan para distinguir a un político de envergadura. El saber de la negociación, de la proximidad entre actores, así como la habili-

dad para las estrategias y los conflictos distinguen a estos profesionales de la palabra. Pero para destacarse entre sus propios pares,²⁰ esta capacidad de diálogo debe estar ligada al hecho de ser digno de confianza, de ser reconocido como alguien que respeta los pactos establecidos. Este elemento se considera central, ya que las expectativas que fundan estas negociaciones no suelen amalgamarse más que en charlas informales y compromisos entre actores. Es en dichos espacios que se juega la credibilidad de los dirigentes políticos entre sí y el poder que despliegan en la negociación. Así, el ministro de Interior en funciones durante toda la gestión de Néstor Kirchner afirma durante la entrevista:

“Por ahí se hace más fácil cuando vos estás hablando con los de tu palo, ¿pero con los otros cómo se hace? Se hace hablando, se hace siendo serio, se hace siendo respetuoso, se hace siendo responsable y se hace sobre todo sosteniendo la palabra, sosteniendo los códigos; lo que no significa que no se critiquen políticamente. (...) Es la actitud que uno tiene que asumir en la política: vos empeñaste la palabra, tenés que cumplirla la palabra. Porque... eso te hace en el tiempo respetado y reconocido (...) No hay escribanos acá: en política es palabra (...) Para hacer política hay que conocer los códigos; si alguien hace un acuerdo y no lo respeta, no es un político: es un amateur.” (Ministro de Interior entre 2003 y 2007, Partido Justicialista. Entrevista con la autora el 12/11/09)

Efectivamente, en las negociaciones políticas no hay escribanos; y los dirigentes se guían –aunque también se equivoquen– por la tendencia diferencial a cumplir los pactos de los distintos actores del campo. Por eso es más fácil negociar con aquellos que están en la política desde hace un tiempo considerable que con los “recién llegados”, ya que los primeros muestran –al menos de forma relativa– un respeto similar por las reglas no escritas del juego que comparten.

Frente al imperativo de ser confiable para los interlocutores, se recorta de forma constante su opuesto: la “traición”, la “falta de códigos”. En efecto, esta insistencia sobre la importancia de poseer una palabra respetada se enfrenta a la práctica de romper pactos y de ignorar los acuerdos informales:

“Es una actividad donde la traición está a la orden del día, donde la inconsistencia entre lo que se dice y lo que se hace, donde la sobrepromesa para luego no cumplir, para lograr un acuerdo rápido y luego no pagar las consecuencias del acuerdo, son prácticas muy habituales que los que

no las andan y tienen una trayectoria distinta son valorados y adquieren un respeto, digamos” (Viceministro del Interior entre 1985 y 1987, Partido Radical; Entrevista con la autora el 1/10/09)

El significado que los dirigentes políticos asignan a la traición y la lealtad constituye una dimensión central para comprender su acceso a puestos de decisión y sus carreras (Balbi, 2007, Frederic, 2004). Asimismo, esta evaluación sobre la observancia (o no) de los códigos no necesariamente se circunscribe a las propias filas partidarias. Por el contrario, tanto en el Ministerio del Interior como en el Congreso, parte de las negociaciones fundamentales se llevan a cabo con los dirigentes de los otros partidos políticos. La destreza del operador político se juega, justamente, en la capacidad de cerrar acuerdos con los propios y con otras fuerzas. En este sentido, puede rastrearse una suerte de “lealtad” aún entre partidos, donde –como veremos– los participantes de distintos espacios políticos coinciden en las valoraciones sobre los principales dirigentes, mantienen un diálogo fluido entre exponentes de distintos partidos y también se hacen y devuelven favores.

Por otra parte, en un país fuertemente presidencialista, la cercanía con el Presidente es otra fuente mayor de relevancia para los políticos del partido gobernante en general, y del Ministerio del Interior en particular. Así, entre las múltiples habilidades y competencias que los políticos identifican como esenciales para conducir el ministerio “político” del gabinete nacional, la relación con la figura presidencial es ineludible. La capacidad de hablar en nombre del Presidente sin necesidad de consultarlo es destacada insistentemente:

“Un buen ministro del Interior tiene que tener carácter. Y tiene que tener el respaldo del Presidente, o sea que cuando hable él... lo que haga él tiene que ser reflejo de lo que piensa el Presidente. Muchas veces el Presidente no puede hablar o no puede hacer, pero los interlocutores tienen que saber que lo que dice y lo que hace el ministro del Interior es la voluntad del Presidente. Es el delegado del Presidente en la tierra digamos (risas). Un buen ministro, eh. Cuando no cumple esa función la cumple otro (...) Entonces: personalidad, respaldo del Presidente y cumplir los acuerdos, eso es todo. Pero si una persona no cumple los acuerdos no puede hacer política, bastardea la política.” (Subsecretario de Asuntos Legales en 1995 y Secretario General del Ministerio del Interior entre 1995 y 1998, Partido Justicialista. Entrevista con la autora el 5/8/09)

La relación de confianza con el Presidente también implica la capacidad de definir los propios equipos de gobierno y estar efectivamente al mando del ministerio. Cuando eso no ocurre, éste puede verse balcanizado por distintos grupos que responden a diversas corrientes internas o referentes partidarios (en la jerga de los propios políticos, “son de” tal o cual dirigente). Quizá el paroxismo de este caso se vio en el gabinete inicial del gobierno de la Alianza, donde se repartían los ministerios entre dos partidos diferentes que habían llegado al poder en forma de coalición²¹ y, a su vez, en el interior de cada ministerio las secretarías y subsecretarías de Estado se distribuían en forma desigual según el poder de negociación de cada ministro. De esta forma, cuando Federico Storani llegó a ocupar la cabeza del Ministerio del Interior en diciembre de 1999, las principales secretarías ya estaban acordadas con otros sectores del Partido Radical.

Otro de los rasgos fundamentales que se requieren para ocupar las primeras líneas de este ministerio es, evidentemente, la relación con el interior del país. En un país federal, donde el poder territorial es fundamental, el Ministerio del Interior fue, históricamente, el encargado de articular el vínculo con las provincias y los municipios. No obstante, no todos los que ocuparon su cúpula gozaron de popularidad y apoyos en estas instancias. Los dirigentes entrevistados insisten, entonces, sobre el hecho de que un ministerio del “Interior” –como su nombre lo indica– debe conocer el interior del país, la problemática de los pueblos chicos, el sistema político que sostiene a las ciudades del interior, e idealmente, debe tener cierto trato con todos los gobernadores y con gran parte de los intendentes, como también contar con apoyos e interlocutores leales en distintos rincones del territorio.

En suma, las competencias primordiales reconocidas por los propios miembros de este ministerio son el conocimiento político de los actores y la relación estrecha con la oposición, el vínculo con el territorio y la destreza para la negociación. Pero el funcionamiento cotidiano de este saber “hacer política” exige otras capacidades: la habilidad para lograr acuerdos con otros dirigentes políticos y la posibilidad de cumplirlos, la capacidad de imponer una agenda a los medios de comunicación, la autoridad para hablar en nombre del presidente, el conocimiento y el manejo de los “códigos” de la política, y también una suerte de solidaridad entre partidos y de respeto por las reglas del juego político que parecen confirmar la existencia de un espíritu de cuerpo entre los distintos profesionales de la política.

Esta cercanía entre los políticos de los partidos mayoritarios y la presencia de códigos compartidos se advierte en el trabajo de campo, y pueden rastrearse en aspectos sutiles como el hecho de llamarse por el nombre de pila o de compartir comidas en su propia casa entre dirigentes de distintos partidos. También se evidencia en la enunciación de criterios comunes para juzgar la actividad política y la explicitación de reglas no escritas que, sin embargo, hay que conocer para el ejercicio de esta profesión. Como

se ha destacado ya, los políticos pasan gran parte del tiempo entre ellos –aun durante las noches y los fines de semana– y pueden desarrollar relaciones de camaradería que están hechas a la vez de oposición, de complicidad y de respeto (Offerlé, 2004: 23). Este recorrido permite identificar lealtades propias de la red política y el desarrollo de intereses particulares que se acercan a lo que Alfredo Pucciarelli ha caracterizado como la *corporativización* del sistema político, y que abre múltiples posibilidades para un ejercicio informal de la política (Pucciarelli, 2002; Lechner, 1996). Asimismo, permite observar capacidades que son valoradas entre los propios políticos pero que son problemáticas en el espacio público.

¿La división política del trabajo? Hacia una comprensión de la distribución de tareas en el entramado político

Este trabajo hace foco sobre una forma particular del profesional de la política: el funcionario. Se trata evidentemente de funcionarios *políticos* y no *administrativos*, en el sentido de que carecen de una carrera dentro de la burocracia estatal en la que se insertan, siendo designados en su puesto por el gobierno de turno (generalmente, por el propio presidente en el caso del ministro, y por este último en el caso de los secretarios y subsecretarios de Estado). El ministro del Interior y sus segundas líneas tienen la particularidad, entonces, de no estar sujetos a elecciones para acceder a sus cargo, si bien se encuentran sujetos al tiempo político como el resto de sus pares, y de ser fundamentales tanto en la organización de los actos electorales en el ámbito nacional como en la coordinación de las campañas y en la movilización de recursos y apoyos para las elecciones.

A la vez independiente del apoyo electoral para ocupar su cargo, pero pieza central en el armado de las elecciones, gran parte de su prestigio y su habilidad política se evidencian en los resultados electorales. ¿Cuáles son las tareas específicas que se llevan a cabo en este espacio fuertemente admirado y deseado por distintos políticos “de raza”? ¿Hay acaso desajustes entre aquello que es necesario para gobernar en el interior del estado y los partidos y aquello que hace falta para gobernar de cara a la sociedad?

Los relatos de sus miembros y su desempeño en la historia reciente señalan la existencia de distintas tareas políticas y estilos de representación que se distribuyen de forma heterogénea entre los funcionarios políticos. Asimismo, dan cuenta de parámetros de evaluación específicos, y no siempre acoplados a aquellos de la opinión pública, para medir a estos operadores políticos de tiempo completo.

Como hemos dicho, se trata de un ministerio altamente codiciado por los principales protagonistas de la vida política. Las explicaciones de esta preferencia parecen evidentes para los propios actores: “para el que le gusta la política, es el lugar”, “es pura política, un ministro hábil puede hacer *muchísimo*”, “si de verdad te gusta la política es un lugar hermoso”, etc. Gerardo Conte Grand, un dirigente histórico del peronismo que pasó

a militar en las filas de Elisa Carrió luego de romper con el kirchnerismo, cuenta que Carrió le había ofrecido la Jefatura de Gabinete en el caso de que ganaran las elecciones de 2007, porque se consideraba el puesto más importante en el gabinete nacional, pero que él prefirió acordar para tener a su cargo el Ministerio del Interior, justamente por tratarse del ministerio con mayor envergadura política. De la misma manera, Aníbal Fernández relata que con la llegada de Kirchner al poder en 2003, daba por sentado que iba a estar al frente del Ministerio de Trabajo –debido a su experiencia en la cuestión sindical y a que ya había sido ministro de esa cartera en la Provincia de Buenos Aires– pero que cuando le comentaron la posibilidad de que fuera a Interior prefirió no ilusionarse, ya que si no se confirmaba este destino iba a considerar que cualquier otro ministerio era un “premio consuelo”, porque dirigir el ministerio político es “*como jugar en primera*”.

Los resortes de poder que este ministerio tiene o ha tenido bajo su égida son considerables: encargado a la vez de negociar con los representantes subnacionales en sus distintos niveles y de gestionar las cuotas de dinero que quedan por fuera del mecanismo de co-participación, responsable de organizar los actos electorales y de dirigir a la policía, así como la articulación con la Secretaría de Inteligencia del Estado; sus propios ministros señalan esta multiplicidad de ámbitos de decisión:

“¿La elección, la relación con los gobernadores, la plata de ayuda a las provincias y la policía juntos??? Eso se hace en México, que no es el mejor modelo democrático del mundo. (...) Todas esas cosas juntas: chequera, policía, votos! Epaaa, es demasiado” (Ministro del Interior entre 1991 y 1992, Partido Justicialista. Entrevista con la autora el 22/10/09)

Al decir lacónico de Manzano: chequera, policía y votos. El Ministerio del Interior es el responsable de articular algunos de los clivajes principales de poder del estado y una de sus mayores pruebas específicas es perpetuar en el poder al partido gobernante. Esto lo distingue fuertemente de otros tipos de profesionales de la política –fundamentalmente de los representantes electos del Poder Legislativo– cuya pericia se juega en la capacidad de presentar debates en el espacio público, representar y realizar intereses subnacionales, y reforzar o poner en tensión la impronta de los partidos a partir de la disciplina partidaria.

Entre las diversas pruebas de los dirigentes del ministerio se destacan la negociación, el ejercicio de juntar votos, de cerrar acuerdos y conseguir alianzas, la mediación para fortalecer al partido de gobierno, el manejo de fondos y aportes del tesoro nacional así como la capacidad de destrabar recursos y obras en otros ministerios y organismos

del Estado nacional. La informalidad de la política es el modo de hacer política, que se dirime en reuniones, llamados, contactos, compromisos.

“Lo que más me gustaba era estar en permanentes reuniones, charlas, negociaciones... con los intendentes (...) Esa era la función: era estar todo el día, en la jerga nuestra, haciendo trenza.” (Subsecretario de Gestión Municipal durante el 2003, partido justicialista; Entrevista con la autora el 5/11/09)

Resulta difícil deslindar distintos elementos que suelen estar unidos y en tensión: la persuasión y la cooptación, los motivos ideológicos y los motivos instrumentales, los cliques políticos y las lealtades personales. En todo caso, esta informalidad es reivindicada por sus miembros: el nivel de reserva se considera importante, la envergadura de ciertos temas hace necesario que algunas cosas no trasciendan, las relaciones de confianza y de intimidad que unen a quienes pertenecen a la “mesa chica” de decisiones se presentan como necesarias para gobernar.

De alta importancia estratégica, el rol de un operador político es también juntar votos y amalgamar alianzas, y la prueba mayor del Ministerio del Interior es garantizar la gobernabilidad y contribuir a mantener en el poder a aquellos que lo ejercen. En este sentido, los relatos devienen pragmáticos. Refiriéndose al fracaso del Partido Justicialista frente a la Alianza en las elecciones presidenciales de 1999, el ex ministro del Interior José Luis Manzano objeta:

“Un desastre, perdieron las elecciones en manos de De la Rúa; para perder con De la Rúa hay que ingeniárselas (...) ¡Esto se mide con votos! No se mide por quién entretiene a los periodistas, ¡se mide por los votos! Es un juego, es como el fútbol: todos arman el equipo y después salen a la cancha; y se mide con votos.” (Ministro de Interior entre 1991 et 1992; Entrevista con la autora el 22/10/09)

La metáfora del juego y las estrategias desplegadas para ganarlo se repiten en numerosas ocasiones, funcionando como un modo de trazar la división entre *políticos* y *amateurs*. En efecto, la política supone, como el ajedrez, una lectura cotidiana de los equilibrios de fuerzas y una previsión de las movidas futuras en función de los movimientos políticos de los otros actores. Refiriéndose a la primera gran crisis en el seno del gobierno de la Alianza que terminaría con la renuncia del vicepresidente Álvarez en octubre de 2000, el ministro del Interior de aquel momento afirma que el sector de jóvenes que se denominaba como “grupo sushi”²² estaba conformado por chicos que “eran demasiado

aficionados para la política”. Al preguntarle qué quería decir ser aficionado en política, respondió que es la incapacidad de prever las posibles movidas a jugar en coyunturas imprevistas:

“[Quiere decir] que por ejemplo el día de la renuncia de Chacho estaban planchados, tirados en un sillón; no estaban eufóricos, porque no habían previsto dos jugadas. Ellos creían que lo impondrían a Flamarique y todo lo demás (...) Pero si se daba una jugada como la de Chacho que es la renuncia y un impacto tan fuerte, no tenían dos jugadas previstas” (Ministro de Interior entre 1999 y 2001, Partido Radical. Entrevista con la autora el 3/9/09)

La habilidad política implica, en efecto, tener siempre un Plan B, poder gestionar las crisis y prever estrategias alternativas cuando las opciones disponibles no abundan. El Ministerio del Interior es, en este sentido, un lugar donde el armado de estrategias o “jugadas” no conoce límites tanto para ganar elecciones como –sobre todo– para gobernar. Nombrado brevemente ministro de esta cartera durante la crisis de 2001, en el lapso en que Ramón Puerta fue presidente provisional, Miguel Ángel Toma se jactaba de haber arreglado con el presidente de la Asociación del Fútbol Argentino, Julio Grondona, en la Casa Rosada, el resultado del campeonato de fútbol para que Racing saliera campeón luego de treinta y cinco años sin conseguir ese título. De esta forma se habría logrado generar un clima “festivo” en medio de la enorme crisis que había culminado con el estado de sitio y más de treinta muertes en todo el país.

Como ha mostrado Sabina Frederic (2004), en los procesos políticos pueden convivir distintos estándares de evaluación moral. En este sentido, los políticos están sujetos a distintos tipos de evaluaciones: frente al grupo que representan (¿están comprometidos con su grupo de referencia? ¿cumplen sus promesas?), entre pares (¿son hábiles? ¿son confiables? ¿tienen códigos?), y un nivel de evaluación “universal” (¿son honestos? ¿administran bien?) que es sin embargo profundamente histórico, en tanto aquello que se espera globalmente de los dirigentes políticos varía contextualmente.

En este sentido, así como constatamos la diversidad de tareas llevadas a cabo por los diferentes profesionales de la política, podemos observar una importante diversidad en las competencias valoradas para desempeñarse en política y un desajuste entre los criterios de evaluación de los propios políticos con aquellos que son legítimamente enunciables en el espacio público.

Así, el criterio común de evaluación de pares que comparten los políticos de distintos partidos puede ser sorprendente. En efecto estos dirigentes de distinto signo político no

sólo acuerdan en torno a las competencias seculares jerarquizadas para estar a la cabeza del ministerio, sino también en la identificación de aquellos ministros de la historia reciente en los que las reconocen. En este sentido, más allá de su pertenencia partidaria, hay una curiosa concordancia entre los actores entrevistados cuando deben evocar los ministros que reunieron las características valoradas desde el retorno de la democracia. Tanto radicales como peronistas identifican al último ministro del Interior de Menem –y el que más tiempo duró en este puesto desde 1983– como el arquetipo del político hábil. Carlos Corach ocupó ese cargo a lo largo de cinco años, durante los cuales cosechó diversas acusaciones de corrupción (especialmente por el escándalo de las presuntas coimas solicitadas a la empresa alemana Siemens para renovar los documentos DNI). Sin embargo, todos los exmiembros de este ministerio le reconocen una sagacidad inédita y admiran su capacidad de delinear la agenda política cotidiana, indicando a los periodistas y también al resto de los políticos aquello de lo que deberían hablar durante toda la jornada en las conferencias diarias que convocaba cada mañana en la puerta de su casa. Este acuerdo sobre los políticos destacados se vuelve a encontrar sobre algunas de las figuras fuertes de los distintos gobiernos: Enrique Nosiglia con Alfonsín, José Luis Manzano con Menem, y Aníbal Fernández con Néstor Kirchner. Sobre ellos, los entrevistados manifiestan: “es un tipo *brillante*”, “tiene una cabeza muy articulada, una enorme capacidad de recibir, analizar, procesar y operar la información de que disponía el gobierno”, “es un tipo con una enorme habilidad política, capaz de hablar con cualquier partido político”, “un personaje de esas características resulta sumamente confiable para sus interlocutores”. Paradójicamente, se trata de hombres fuertes de los partidos e ineludibles para su forma de construcción de poder pero poco capaces de encabezar listas o ganar elecciones en nombre propio. Algunos de los entrevistados advierten este desfase entre la valoración de los pares y la valoración pública y sostienen que “la gente” puede molestarse si se elogia a ciertos dirigentes: “la Argentina ha tenido buenos ministros del Interior y si vos los mencionás por ahí la gente se enoja...”. Pero afirman, de todos modos, que cualquier gobierno necesita de ese tipo de dirigentes para articular sus relaciones con los distintos actores y poder responder a los desafíos inesperados que plantea la dinámica política. Tanto este acuerdo sobre los “mejores” ministros del Interior como el criterio común en torno a los más condenables²³ no hacen más que explicitar el desajuste que media entre los criterios de evaluación de ciudadanos y políticos, así como entre los elementos diferenciales que son necesarios para representar a la sociedad y para gobernar en el interior de los partidos.

A modo de conclusión

A partir del estudio de las elites políticas del Ministerio del Interior, hemos buscado detallar los atributos y destrezas que son reconocidos por sus propios miembros como históricamente valiosos para intervenir en política, identificar los lazos de solidaridad compartidos por los dirigentes políticos y mostrar la riqueza de sus trayectorias así como su relativa plasticidad.

Una mirada histórica sobre las competencias valoradas en el ministerio “político” del gabinete nacional nos permite constatar la existencia de atributos relativamente estables a través del tiempo. Así, entre las trayectorias y capacidades jerarquizadas para integrar este ministerio se destacan la vinculación estrecha con el presidente, el diálogo con el conjunto de los actores del sistema político, la capacidad de negociación y de comunicación, y la singular alquimia entre compromiso y flexibilidad.

Si en otros espacios se reivindica un tipo de acción ideológicamente neutra y una legitimidad anclada en el conocimiento científico o el dominio de una técnica específica, los políticos profesionales del Ministerio del Interior movilizan saberes y legitimidades seculares como la militancia, la larga participación en uno o más partidos políticos, los lazos de confianza, la capacidad de decisión y el ejercicio de la autoridad, pero también la adaptabilidad, el pragmatismo y la habilidad para la negociación.

Intentamos comprender el carácter complejo de la práctica política y la división de tareas que se opera en su interior, y hacemos hincapié en los posibles desajustes entre las capacidades de gobierno que se ostentan en el espacio público y aquellas que funcionan en espacios más informales. Sujetas a distintas valoraciones según el registro de evaluación en que se inscriban, ambas parecen imprescindibles para “hacer política” y para gobernar desde el estado.

¹ Una versión preliminar de este trabajo se vio enriquecida por la lectura atenta de Mariana Heredia, Luisina Perelmiter, Alfredo Pucciarelli, Marcela Ferrari y Paula Canelo. A todos ellos, mi sincero agradecimiento.

² Para una descripción del carácter “intermitente” de los estudios sobre las elites en Brasil, véase Perissinotto y Codato (2008).

³ Cfr. De Imaz (1977): Introducción y Capítulos I, II y X.

⁴ Este trabajo se enmarca en mi tesis de doctorado en curso bajo la dirección de Alfredo Pucciarelli y Mariana Heredia en la UBA, y la de Michel Offerlé en la EHESS (Paris), titulada “Hacia una socio-historia del gabinete nacional. Los ministerios de Economía e Interior a través del tiempo (1983-2009) ¿Escenarios de tensión entre técnica y política?”. A su vez, dicho trabajo se desarrolla en el marco del Proyecto de Investigación Plurianual (PIP) 2009-2011 “Configuración de las elites argentinas. Las relaciones entre los cambios estructurales y corporativos del poder económico, el ascenso de la tecnocracia y la desprofesionalización del poder político entre 1976 y 2002” dirigido por Ana Castellani en el IDAES (UNSAM).

⁵ Objeto mayor de controversias, la función de policía es una responsabilidad que tradicionalmente se asigna al Ministerio del Interior, pero que en ciertas épocas cambia de cartera. Más allá de las explicaciones formales, su traspaso suele estar asociado a la impronta y el poder de negociación del ministro a cargo, y dicho cambio

tiene gran impacto en la fisonomía del ministerio político, dado que implica una variación sustancial en su presupuesto y en la envergadura de su estructura.

⁶ Orlansky (1995: 389 y ss) muestra cómo con la reforma se operó una profunda metamorfosis del estado nacional, que devino fundamentalmente un aparato orientado a funciones políticas y coercitivas.

⁷ Entre mayo y noviembre de 2009 realizamos una treintena de entrevistas a ex ministros, secretarios y subsecretarios de todas las gestiones al frente del Ministerio desde el retorno de la democracia hasta 2007.

⁸ La centralidad de dicho ministerio en la relación con los actores políticos y la puesta en escena de la agenda gubernamental sólo sería disputada por la Jefatura de Gabinete de Ministros, creada en la reforma constitucional de 1994. Los propios entrevistados reconocen este solapamiento de funciones que lleva en la práctica a un desdibujamiento de la especificidad de cada cartera. Si la Jefatura de Gabinete buscaba inicialmente atenuar el presidencialismo del sistema político argentino, fruto de la negociación entre los dos partidos mayoritarios, en los hechos funciona como un ministro coordinador de plena confianza del presidente, que es virtualmente imposible de destituir (Novaro, 2001), y que en la historia reciente ha concentrado un alto grado de poder, teniendo la atribución de reorientar partidas presupuestarias (Cheresky, 2007: 68-69).

⁹ Las cursivas pertenecen al original.

¹⁰ Pese a que en la actualidad el carácter rentado de la actividad política resulta evidente, dicho proceso de profesionalización implicó acaloradas polémicas y luchas en las que estaba en juego la definición legítima del “político” y los grupos sociales que podían postularse a cargos electivos (Phélippeau, 1997; Offerlé, 1984).

¹¹ Para una primera síntesis de estos estudios, así como de la posición marxista frente al problema del personal político, véase Gaxie (1973). Para un examen de las críticas formuladas a esta tradición de estudios sociológicos por parte del marxismo estructuralista, el institucionalismo de la escuela racionalista norteamericana y la sociología relacional de Pierre Bourdieu, así como una revalorización de esta agenda de investigación, consultar también Perissinotto y Codato (2008).

¹² Diversas agencias estatales se presentan como un refugio para los políticos cuando el partido al que pertenecen no se encuentra en el poder. Sin duda el acceso a estos puestos es fuertemente codiciado, por lo que es necesario contar con buenos contactos –o “padrinos” políticos– para mantenerse en ellos.

¹³ Secretario de Interior entre 1987 y 1989.

¹⁴ Secretario de Interior entre 1992 y 1993.

¹⁵ Secretaria de Asuntos Políticos entre 2000 y 2001.

¹⁶ Ministro del Interior entre 1999 y 2001.

¹⁷ Entre las pocas excepciones a esta ocupación de numerosos cargos en el estado, se encuentra el caso de Enrique Nosiglia. En efecto, se trata de un caso excepcional tanto por su papel fundamental en el armado político del radicalismo y su carácter de operador permanente y nexos fuertes con el partido justicialista, así como por su reticencia a ocupar cargos visibles o a hablar en actos públicos. Para un análisis periodístico de esta “centralidad en las sombras”, véase: Gallo y Álvarez Guerrero (2005).

¹⁸ Este reclutamiento del ministro político al interior de los partidos se constata también en épocas anteriores. En efecto, desde 1930 la mayoría de los gobiernos democráticos tuvieron al frente de esta cartera a dirigentes políticos con vasta experiencia parlamentaria o ejecutiva. Sin embargo, en los momentos de mayor inestabilidad institucional, como en el gobierno de María Estela Martínez de Perón el ministerio también fue ocupado por militares (como es el caso de Alberto Rocamora y Vicente Damasco). Por su parte, los gobiernos de facto cubrieron este puesto de forma más errática, con una leve mayoría de militares, pero también con abogados sin filiaciones partidarias y políticos de carrera (cfr. Sanguiao, 1998).

¹⁹ Es el caso del Ministerio de Relaciones Exteriores, con exámenes de entrada y una carrera burocrática fuertemente estructurada, o los ministerios de Educación y Economía, que se caracterizan por el reclutamiento de expertos en sus áreas de incidencia.

²⁰ Volveremos en el siguiente apartado sobre los posibles desajustes entre el criterio de evaluación de los políticos por parte de sus pares y de la “opinión pública” en general.

²¹ La “Alianza por el Trabajo, la Justicia y la Educación” fue el resultado de la unión entre la Unión Cívica Radical y el FREPASO en 1997, y ocupó la Presidencia de la Nación entre 1999 y 2001.

²² Bajo este nombre se reunía al grupo de confianza del hijo de Fernando de la Rúa, que carecía en general de militancia partidaria pero tuvo gran influencia sobre las decisiones presidenciales y ocupó numerosos cargos durante su gestión. Algunos de ellos eran Antonio y “Aito” De la Rúa, Fernando de Santibañes, Darío y Antonio Lopérfido, Andrés Delich, Hernán Lombardi y Lautaro García Batallán (este último, viceministro del Ministerio del Interior).

²³ Efectivamente, este criterio de evaluación común que trasciende fronteras partidarias se encuentra también para la valoración negativa: frente a los políticos “brillantes”, “sagaces”, eximios negociadores y confiables para sus interlocutores, se recortan de forma casi unánime los que son “despreciables” y pretenciosos, que “no saben negociar” o “no entienden los códigos de la política”. El paroxismo de este caso es identificado en la figura de Gustavo Béliz, que fue ministro de Menem y de Kirchner, y se alejó de ambos cargos formulando denuncias de corrupción (cfr. Gené, 2010).

Referencias Bibliográficas

- Balbi, Fernando Alberto** (2007) *De leales, desleales y traidores. Valor moral y concepción de política en el peronismo*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Camou, Antonio** (1997) “Los consejeros del príncipe. Saber técnico y política en los procesos de reforma económica en América Latina”. *Nueva Sociedad*, 152: 54-67.
- Campione, Daniel** (2007) *Orígenes estatales del peronismo*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Cantón, Darío** (1966) *El parlamento argentino en épocas de cambio, 1985, 1916, 1946*. Buenos Aires: Editorial del Instituto.
- Canelo, Paula** (2010) “Apuntes sobre la profesión política en la Argentina. Un perfil de los Senadores de la Nación en 1973, 1983 y 1989”. *I Reunión internacional sobre formación de las élites*, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Cheresky, Isidoro** (2007) “Un signo de interrogación sobre la evolución del régimen político”. En Isidoro Cheresky (comp.) *La política después de los partidos*. Buenos Aires, Prometeo, 27-73.
- Dalbosco, Hugo L.** (2003) *Perfil de los funcionarios políticos 1983-1999*. Tesis de maestría: Universidad de San Andrés.
- De Imaz, José Luis** (1977) *Los que mandan*. Buenos Aires : El Coloquio, 11a. edición.
- Dogan, Mattei** (1999): “Les professions propices à la carrière politique. Osmose, filières et viviers”. En Michel Offerlé (dir.) *La profession politique, XIXe – XXe siècles*. Paris: Belin, 171-199.
- Falleti, Tulia G.** (2004) “Federalismo y descentralización en Argentina. Antecedentes históricos y nuevo escenario institucional de las relaciones intergubernamentales”. En Adriana Clemente, Catalina Smulovitz (comp.) *Descentralización, políticas sociales y participación democrática en Argentina*. Buenos Aires: Instituto Internacional de Medio Ambiente y Desarrollo (IIED-AL).
- Ferrari, Marcela** (2008) *Los políticos en la República radical: prácticas políticas y construcción del poder (1916-1930)*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Frederic, Sabina** (2004) *Buenos vecinos, malos políticos. Moralidad y política en el gran Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo.
- Gaiti, Brigitte** (2001) “Les inconstances politiques”. *Politix*, 56: 17-42.
- Gallo, Darío y Gonzalo Álvarez Guerrero** (2005) *El Coti. Biografía no autorizada de Enrique Nosiglia. El dueño de todos los secretos*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Gaxie, Daniel** (1973) *Les professionnels de la politique*. Paris: PUF.
- Gené, Mariana** (2010) “La profesión política en Argentina. Una mirada desde el ministerio ‘político’ del gabinete nacional”. *V Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente*, Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Heredia, Mariana y Mariana Gené** (2009) “Atributos y legitimidades del gabinete nacional: Socio-historia de los ministerios de Economía e Interior en la prensa (1930-2009)”. *El Príncipe*, 2: 109-135.

- Heredia, Mariana** (2004) “El proceso como bisagra. Emergencia y consolidación del liberalismo tecnocrático: FIEL, FM y CEMA”. En Alfredo Pucciarelli (coord.) *Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura*. Buenos Aires: Siglo XXI, 313-382.
- Lagroye, Jacques** (dir.) (2003) *La politisation*. Paris: Belin.
- Lechner, Norbert** (1996) “Las transformaciones de la política.” *Revista Mexicana de Sociología*, 1: 3-16.
- López, Andrea; Aníbal Corrado y Hernán Ouviaña** (2005) “Entre el ajuste y la retórica: la administración pública tras veinte años de reformas”. En Mabel Thwaites Rey y Andrea López (eds) *Entre tecnócratas globalizados y políticos clientelistas. Derrotero del ajuste neoliberal en el Estado argentino*. Buenos Aires: Prometeo, 117-144.
- Mathiot, Pierre y Frédéric Sawicki** (1999) “Les membres des cabinets ministériels socialistes en France (1981-1993) : recrutement et reconversion”. *Revue Française de Science Politique*, 49: 3-30.
- Michels, Robert** (1972) *Los partidos políticos: un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Mosca, Gaetano** (2006 [1896]) *La clase política*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Novaro, Marcos** (2001) “El presidencialismo argentino entre la reelección y la alternancia”. En Isidoro Cheresky e Inés Pousadela (comp.) *Política e instituciones en nuevas democracias latinoamericanas*. Buenos Aires: Paidós, 61-89.
- Offerlé, Michel** (2004) *Sociologie de la vie politique française*. Paris: La Découverte.
- Offerlé, Michel** (1999) “Professions et profession politique”. En Michel Offerlé (dir.) *La profession politique, XIXe – XXe siècles*. Paris: Belin.
- Offerlé, Michel** (1984) “Illégitimité et légitimation du personnel politique ouvrier en France avant 1914”. *Annales. Economies, Sociétés, civilisations*, 4: 681-716.
- Orlansky, Dora** (1995) “Crisis y transformación del Estado en la Argentina (1960-1993)”. *Cuaderno de Estudios Empresariales*, 5: 375-403.
- Oszlak, Oscar** (2000) “El mito del Estado mínimo: Una década de reforma estatal en la Argentina”. *IV Congreso Internacional del CLAD sobre Reforma del Estado y de la Administración Pública*, Santo Domingo.
- Pareto, Vilfredo** (1979) *The Rise and the Fall of the Elites*. Nueva York: Arno Press.
- Perissinotto, Renato M. y Adriano Codato** (2008) “Por um retorno à Sociologia das Elites”. *Revista de Sociologia e Política, Dossiê “Elites Políticas”*, 30: 7-15.
- Phélippeau, Eric** (1997) “Sociogenèse de la professionnalisation politique”. En Alain Garrigou y Bernard Lacroix (dir.) *Norbert Elias, la politique et l'histoire*, Paris: La Découverte, 239-265.
- Pucciarelli, Alfredo R.** (2002) *La democracia que tenemos*. Libros del Rojas: Buenos Aires.
- Rein, Ranaan** (1998) *Peronismo, populismo y Política: Argentina, 1943-1955*. Buenos Aires: Ed. de Belgrano.
- Sanguiao, Osvaldo** (1998) *Diccionario de ministros: de Urquiza a Menem*. Buenos Aires:

Dunken.

Sawicki, Frédéric (1999) “Classer les hommes politiques. Les usages des indicateurs de position sociales pour la compréhension de la professionnalisation politique”. En Offerlé, Michel (dir.) *La profession politique, XIXe – XXe siècles*. Paris: Belin, 135-170.

Sidicaro, Ricardo (2003) *Los tres peronismos. Estado y poder económico (1946-55/1973-76/1989-99)*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Weber, Max (2002 [1920]) *El político y el científico*. Alianza Editorial: Madrid.

Wright Mills, Charles (1963) *La élite del poder*. México DF: Fondo de Cultura Económica, 1963.